

ni podrá desmoralizar y corromper. Ved aquí los efectos de la proteccion de Nuestra Señora.

Bendigámosla ; y agrupándonos al rededor del trono que le erigieron nuestros padres, hagamos llegar á ella, como armonioso himno, nuestras acciones de gracias, nuestro reconocimiento y nuestro amor; y pidámosle conserve en nuestros corazones, en la generacion que crece, y en las venideras, esa fe y esa religion que hace hoy nuestra dicha al mismo tiempo que nos ofrece la eterna felicidad.

DISCURSO

PRONUNCIADO EN EL ATRIO DE LA CATEDRAL

POR EL SEÑOR DOCTOR MANUEL URIBE ANGEL,
DESPUES DE LA PROCESION DEL CENTENARIO.

Compatriotas y amigos.

La fundacion de la ciudad de Medellín, capital hoy del floreciente Estado de Antioquia, tuvo lugar el dia 2 de noviembre de 1675 ; pero su ereccion definitiva en villa, bajo la santa advocacion de la Virgen de la Candelaria y de San Juan Bautista, no se verificó hasta el dia 24 del mismo mes y del mismo año. Contamos, pues, para la edad de nuestra querida ciudad dos centurias cumplidas.

En mi calidad de razonador profano, no me toca hablaros de las excelencias de los santos patronos de esta poblacion. Habeis oido la palabra elocuente y autorizada del sacerdote católico, que ha debido conmovier dulcemente vuestra piedad y vuestra fe. Me corresponde si invitaros á elevar el corazon al Supremo Dispensador de todo bien, para tributarle gracias por los marcados beneficios con que ha querido favorecernos en todas las circunstancias de la vida.

La Corporacion municipal, representante genuino y responsable de la existencia y progreso de esta localidad, ha expedido un acuerdo con el fin de solemnizar con una festividad cívica el recuerdo de un dia feliz y venturoso, que cada uno de nosotros deberá guardar reconocido en su memoria.

Con el fin de arreglar todo lo concerniente á esta fiesta ciudadana, la primera de su especie en el país, el Cabildo nombró una Comision de que me ha cabido la honra de ser miembro. Es, pues, á nombre del Municipio y á nombre de la Comision, como me atrevo á dirigiros la palabra en esta vez de históricos y de imperecederos recuerdos.

Debo principiar mi discurso por suplicaros que no esperéis de mí, ni lucidos movimientos de oratoria, ni cuadros de elevada poesia, ni descripciones valientes y atrevidas, ni pensamientos profundos y científicos, porque de un lado el asunto no los demanda y porque, de otra parte, mis condiciones personales ni pueden prometerlos ni cumplirlos. Conmemoraré lisa y llanamente algunos hechos de nuestra historia individual, y trataré el asunto como simple negocio de familia.

Hace 334 años, á mediados del de 1541, que un pequeño grupo de guerreros estableció su cuartel general en el sitio de Pueblito, que demora cinco leguas á nuestro Ocaso. Aquellos hombres venian del lado del Sur y eran conquistadores españoles. Nuevo Jason, el capitán Jorge Robledo era el Comandante de ese puñado de argonautas, que andaba como perdido por el mar inmenso de la Conquista Americana en busca del vellocino de oro.

Por el tiempo á que me refiero, casi todo el Continente americano estaba cubierto de áspero y enmarañado bosque. Todos los elementos de una naturaleza virgen y robusta, la mayor parte de ellos contraria á la existencia humana, abundaban en nuestras selvas é intrincadas cordilleras. Rios caudalosos, arrebatados torrentes, cuevas escarpadas, ardientes valles, miasmas deletéreos, fieras bravías, insectos picadores, voraces reptiles, serpientes venenosas, tempestades aterradoras y fulminantes y mucho más que yo podria indicaros, pero que vosotros conocéis acaso mejor que yo, venian en guerra permanente y feroz contra el cuerpo y el espíritu de nuestros antepasados. Empero, señores, aquellos cuerpos parecian fabricados de granito; aquellas almas eran tenaces como el diamante y aquellos corazones hechos como de intento para un destino providencial: la regeneracion de un mundo y la iniciativa de una civilizacion. Rindamos, pues, honor á la memoria ilus-

tre de aquellos héroes, que la Grecia hubiera tal vez divinizado.

El ramal de la cordillera andina que separa el punto en que estamos, de aquel á que me referí ántes como cuartel general de los románticos aventureros, presenta como interpuesta una abra regularmente aplanada y transitable. En requerimiento del ponderado valle de Arbis, *Eldorado* fantástico perseguido en estas comarcas por aquellos osados peninsulares, mandó el capitán Robledo á Jerónimo Luis Tejelo con algunos hombres de armas. El *Cabo* de la partida atravesó la montaña por la garganta vecina y á la prima del alba del día siguiente, dió con un pueblo de indígenas, cuyos moradores lo recibieron de guerra y lo obligaron á una cautelosa retirada. Recatado Tejelo y contemplando á la clara luz del día, la importancia y primor de la tierra descubierta, dió cuenta de lo acaecido al capitán, quien con el grueso de su pequeño ejército, vino á tomar posesion de la comarca á nombre del soberano peninsular.

El lugar nuevamente hallado estaba á la cabecera y en el flanco de un valle, que debió sorprender á los caminantes por la pintoresca belleza de su posicion, por lo poético de sus formas, por la benigna y casi sensual graduacion de su temperatura, por la pureza de sus aguas, la blandura de su atmósfera, la profusa riqueza de su vegetacion, el armonioso concierto de sus aves, la multitud de sus cuadrúpedos y la pródiga variedad de sus frutos y semillas.

Viajeros que despues de mucho tiempo andaban como sepultados en las combas y dobleces de un pais tan abrupto y fracturado, tan rocalloso y refractario como el nuestro, debieron sentir una impresion inefable de placer, un bienestar perfecto y un ancho regocijo, al contemplar desde los planos inclinados del último círculo, una suave y deliciosa llanura, que se extendia por nueve leguas en longitud, con variable anchura, cubierta por un bosque secular y arrogante, recorrida por un manso y cristalino rio, esmaltada á trechos por humildes sementeras, cruzada por torrentes, fertilizada por arroyos, hermoçada por tres ó cuatro colinas salientes, por abras amenas y espaciosas y por un golpe de vista tan delicado y rico al mismo tiempo,

que debió de parecerles desde entónces, un jardin natural lleno de magnificencia y esplendor.

Los naturales de esta region, aunque en cierto modo estuvieran ménos atrasados que los del resto del territorio en los asuntos de la vida civil, puesto que vestian ropa talar y cultivaban mezquinamente la tierra, eran tan tímidos y mansos, que la mayor parte de ellos se ahorcó con sus propias mantas, para escapar al sentimiento de terror y de espanto producido sobre su ánimo, por la contemplacion de seres extraños para ellos, que volaban sobre el lomo de los animales y traian el trueno y la muerte en sus espadas y arcabuces.

La tierra fué dominada fácilmente; mas á pesar de su pompa y de su gala, de su lujo natural y su belleza, ella no tenia bastante oro para saciar el apetito de aquellos conquistadores y satisfacer sus esperanzas. Despues de ponerle el nombre devoto de San Bartolomé, por haber llegado á ella el dia del santo Apóstol, quitándole el de Aburrá que tenia en la lengua de los indios, el movable campo ibérico trasmontó de nuevo la cordillera hácia el Occidente, y fué á poner los fundamentos de la ciudad de Antioquia, que durante muchos años debia de florecer ventajosamente y brillar como metrópoli de la tierra conquistada.

Por una causa difícil de explicar, si se atiende á la febril actividad de aquella época y al ansia de fundar nuevas poblaciones, el pais de Aburrá quedó casi abandonado hasta el año de 1675, es decir, 134 años despues de la venida de sus descubridores.

Pequeñas labranzas de gentes pobres, algunas posesiones pertenecientes á ricos propietarios antioqueños, unas cuantas heredades de colonos recién llegados, pocas, humildes y casi solitarias ermitas en que de vez en cuando se celebraba el oficio divino, y todo eso en medio de la floresta virgen, era el cuadro que presentaba el pais á mediados del siglo XVII. Si; porque al tiempo del descubrimiento, si debo creer las leyendas, el sitio mismo en que descansa esta tribuna desde la cual tengo el honor de hablaros, á la sombra de una catedral católica, en que oimos resonar hoy los cánticos de alabanza y adoración dirigidos al Dios de los ejércitos, era quizás una pequeña aber-

tura, en que las serpientes venian á enroscar sus cuerpos, para secar sus escamas al tibio abrigo de nuestro luciente sol; quizás el antro profundo, en que el oso ó la danta, el leopardo ó el tigre habian establecido su cubil, ó quizás el cimientto en que un viejo cedro habia encajado las raíces de su tronco y sobre cuyo frondoso copo, manadas de monos, acróbatas de la enramada, se mecian caprichosamente con veleidosas evoluciones, ó en que las aves tropicales entonaban la música admirable de trinos y gorjeos.

En el año de 1671, el valle de Medellin considerado desde Cálidas hasta Barbosa y de cordillera á cordillera, tenia sólo doscientos ochenta dueños de casas y 3,000 habitantes. Eso era, sin embargo, suficiente para que los vecinos reclamaran de la *madre patria*, la fundacion de una villa que sirviera de centro á la poblacion. La vieja y venerable ciudad de Antioquia, guiada, sin duda, por un cierto instinto que le hacia comprender que las ventajas naturales de este valle sobre las suyas propias, redundarian andando los tiempos en menoscabo de su importancia, se opuso tenazmente á la fundacion de un pueblo sobre las márgenes del Porce.

Doña María Ana de Austria, por muerte del rey don Felipe IV, con un consejo de Regencia, manejaba á la sazón los destinos de la monarquía española. A aquella altísima señora dirigieron los vecinos de este valle, una humilde petición á fin de que expidiera una real cédula en el sentido de sus deseos; petición hecha despues de haber agotado infinitos esfuerzos en la audiencia de Santa Fe de Bogotá, con resultados desfavorables.

Despues de muchas vacilaciones, se expidió por la Regencia la cédula de fundacion, y como por entónces don Francisco Portocarrero y Luna, conde de Medellin en Extremadura, fuese Presidente del Consejo, para honrar su nombre y el nombre del lugar de su nacimiento, se dispuso que la nueva poblacion llevara en adelante el nombre de villa de Medellin.

Promulgada la Real Cédula por el Gobernador don Miguel de Aguinaga, y cumplidas convenientemente todas las fórmulas del caso, á la antigua usanza española, quedó

definitivamente erigida la villa, en el año y día ya mencionados.

Concurrieron con diferentes títulos, pero con empeño verdaderamente patriótico y entusiasta, á solemnizar y autorizar aquella ceremonia, Pedro de Celada Vélez, Juan Jaramillo de Andrade, Pedro Gutiérrez Colmeneros, Antonio Atehortúa de Osa, Alonso López de Restrepo, Luis Gómez, Márcos de Rivera y Guzman, Roque González de Fresneda, Márcos López de Restrepo y Félix Angel del Prado. A esos progenitores nuestros, la ciudad agradecida debe en este día solemne, tributar un profundo homenaje de respeto y de veneracion. Y no deberá ser menor su reconocimiento filial, por la memoria esclarecida de los egregios varones, que el pensamiento hace desfilan como una falange sacrosanta, por el ancho y prolongado panteon formado al traves de dos siglos, y que vinieron con los primeros, ó los siguieron luego en la tarea de hacer ilustre y grande una asociacion humana, de la cual somos hoy nosotros los representantes legítimos.

Establecidos los fundamentos del lugar, la operacion subsiguiente consistia, como puede fácilmente comprenderse, en dar empuje á sus adelantos, desarrollo natural á su existencia y creacion á nuevos elementos, que lo hicieran con el tiempo próspero y feliz. Este empeño era verdaderamente noble; pero mil obstáculos, invencibles casi por su carácter, se opusieron desde el principio á que se le diera cima con fortuna y lucimiento.

La posicion topográfica de Medellín fué siempre tan contraria á su avance y á su progreso, que sin la incontrastable voluntad de sus hijos, ésta no tendria hoy ni importancia ni significacion algunas. Aislada en medio de las breñas que la rodean por todas partes; sin caminos, sin rios navegables y léjos de todos los senderos que le permitieran libre comunicacion con otros pueblos y otro mundo, se encontró por muchos años sin los estímulos del comercio, sin los recursos de la industria, sin el socorro de buenas relaciones, sin el auxilio de los libros, sin las ventajas de las artes y sin el aliento poderoso de la ciencia. Sus hijos, metidos en este recinto, como el ave en el recipiente de una máquina neumática para la experimentacion fisica, han

carecido durante largos años del aire vivificante y tónico de otros países mejor favorecidos, y la luz de las ideas se extinguió en la oscuridad de nuestras selvas ántes de llegar á penetrar en el fondo de nuestros cerebros.

Empero, la rígida perseverancia de nuestra raza, el temple acerado del antiguo carácter español, movido y fortificado por la índole agreste y dura de los elementos ambientes, han conseguido á fuerza de concentracion y trabajo, vencer en parte las dificultades que se oponian á nuestra libre marcha por el sendero de la civilizacion. Es por eso, por lo que si no proclamamos hoy un puesto brillante entre los miembros de la grande asociacion humana, podemos sí lisonjearnos de haber obtenido una honrosa aunque modesta y mediana colocacion, entre los pueblos cultos de la tierra.

Lento, pero gradual y sostenido, ha sido el triunfo que hemos alcanzado en esta penosa lucha. Veamos primero la mas apartada distancia que nos separa de nuestros padres y el giro laborioso de sus tareas. Durante el período colonial, ellos vivieron la vida de letargía y de impotencia á que los redujo el sistema seguido por la Metrópoli. Careciendo de escuelas, de colegios, de Universidades y de bibliotecas, su pensamiento debió permanecer estacionario y sumido en la más profunda ignorancia. Tenian, no obstante, algo que podia servir de base para dar energia á sus facultades, para consolidar la integridad de la familia y para mantener intacto el sentimiento moral: tenian las tradiciones y dogmas del Evangelio y las creencias puras del Cristianismo.

Existencia patriarcal, casi tan perfecta como en los tiempos de David, nos presenta la historia de este pueblo en su época primitiva. Los hombres presidian en el hogar doméstico, como Jacob presidia sobre su tribu durante el tiempo de su existencia bíblica, y en las faenas caseras como en todo lo demas, la mujer era pura y santa como Rebeca. Es por eso tambien, por lo que si no alcanzamos á divisar en aquel lejano horizonte, el cortejo lucido de la inteligencia desenvuelta, sí alcanzamos á contemplar un conjunto de costumbres tan limpias y sencillas, que con razon han logrado el honor de ser citadas como ejemplo

tradicional. Nuestros abuelos comían y hacían comer á sus hijos la salsa negra de los espartanos, con la esperanza de legarles un día, el derecho perfecto de sentarse con lucimiento en los banquetes de Atenas.

Al presente, el círculo de nuestros recursos se extiende en diversos sentidos. Esta festividad que no será repetida sino 100 años despues de este, tiene por objeto primordial levantar el ánimo de las generaciones venideras, para que puedan registrar en lo futuro, mejores condiciones sociales y mas consoladores adelantos. Nosotros ofrecemos hoy á Medellin, como obsequio de cumpleaños, la instalacion de una sala de Maternidad, cuya primera piedra ha sido colocada por el Jefe de nuestro Gobierno civil y político y por nuestro virtuoso Prelado diocesano; el establecimiento de una casa de caridad para los enajenados de la razon; la base de una catedral católica que con el tiempo será monumental, y la plausible noticia de haber sido colocados algunos rieles para el camino de hierro, que deberá traernos inmensos beneficios.

En los últimos cinco años del siglo XVIII, Medellin tenía como único establecimiento de educacion, una mala escuela de primeras letras, doscientas cuarenta y dos casas de teja y de paja, seis iglesias y veintinueve balcones. La provincia toda, al principiar nuestra guerra de independencia, contaba 80,000 habitantes, de los cuales á lo mas, tocarian á la ciudad 5,000. La estadística de aquellos tiempos nos revela pormenores en todos sus ramos, en completo acuerdo con tan precaria manera de existir. Comparemos, pues, ese atraso lamentable con nuestra relativamente próspera situacion presente, y convengamos en que la diferencia da un resultado admirable de ventura, fenómeno lógico, debido en gran parte á la accion de dos fuerzas nuevas: la independencia y la libertad.

Pero ¿qué es esta ciudad, se dirá por algunos, que se tiene el aire de hacer aparecer en este momento como importante y valiosa? Medellin no es ciertamente, responderé yo, una ciudad populosa como Tehéran la de Oriente, ni opulenta como Tiro, ni comercial como Alejandría, ni culta como Atenas, ni sábia como Paris, ni monumental como Roma, ni rica como Lóndres, ni gloriosa como Berlin, ni

espléndida como Nueva-York; pero en cambio es la ciudad adolescente y hermosa de estas regiones, y vista por su aspecto físico, es la ciudad blanca de los Andes, la ciudad pulcra de América, la ciudad bella de Colombia, la ciudad risueña de Antioquia, que extendida muellemente sobre la pintoresca planicie de Aburrá, fecundizada por su río, refrescada por sus torrentes, sombreada por sus árboles y aromatizada por sus flores, contesta graciosamente y con donaire, el saludo de atención que le dirigen los viajeros, desde las altas cumbres de sus montañas, cuando vienen á visitarla.

Y Medellín es, por su lado moral, la ciudad de las fuertes creencias, del trabajo infatigable, de la industria sostenida, de la profunda fe y de las virtudes más propias para hacer ver por el lado honroso la faz augusta de la humanidad!

Y Medellín, por su lado político, tiene un Gobierno organizado de acuerdo con sus necesidades, ciudadanos que conocen sus deberes y sus derechos, y un pueblo que profesa amor inquebrantable á la libertad y que anda tranquilo y sereno buscando mejores días para el porvenir.

Y Medellín, desde su punto de vista social, tiene una Escuela para las Artes, numerosos planteles para la educación elemental, Colegios y Universidad para la instrucción de profesores, un clero respetable, un Cuerpo médico ilustrado y humanitario, hábiles jurisconsultos, ingenieros civiles, artesanos honrados é inteligentes, mineros que la enriquecen, comerciantes que la honran, asilos de beneficencia y caridad, telégrafo eléctrico para su correspondencia, biblioteca para su instrucción, habitantes robustos y dóciles, ideas sanas, moderación de carácter y laboriosidad proverbial.

Y Medellín, en cuanto á comodidades para la vida, tiene edificios capaces, ornamentación regular, sólidos puentes, aseadas calles, paseos deliciosos, alimentación frugal, sana y abundante, aguas exquisitas, baños imponderables, lindísimos campos, aire purísimo, atmósfera clara, cielo espléndido y tantas ventajas, en fin, que yo prolongaría hasta el fastidio su enumeración, si quisiera ponerlas de manifiesto, para explicar por ese medio, la causa del tierno

amor que todos nosotros dedicamos á esta ciudad privilegiada.

Hay algo entre nosotros, señores, tan altamente recomendable, y si me atrevo á decir, tan brillante y excelso para nuestra sociedad, que yo me consideraria culpable si lo pasara en silencio. Estoy casi cierto de que habeis adivinado que pretendo hablaros de la mujer antioqueña. En efecto, el nobilísimo carácter que ella desenvuelve y ostenta en nuestra corporacion ciudadana, seria suficiente por sí solo para inundar de luz, cualquier cuadro sombrío y tenebroso, que la malevolencia pretendiera hacer de esta ciudad, ó para derramar un bálsamo de consuelo y de esperanza sobre cualquiera pena y sufrimiento traídos por nuestra situacion, aún poco segura y todavía vacilante. Dedicada al cuidado de la familia y á la práctica de la caridad, ella se encuentra forzosamente en un bellissimo campo de accion, sin que haya dolor que no alivie, pena que no mitigue, miseria que no socorra, necesidad que no satisfaga, aspiracion que no llene, lágrima que no seque y deseo legitimo que no aliente. Dar al menesteroso y al enfermo, ha sido tarea de todos los tiempos y de todos los lugares; pero darse cuerpo y alma al consuelo y amparo de los afligidos, es asunto nuevo casi, que nos ha venido de San Juan de Dios, del filántropo abate L'Epée y de San Vicente de Paul, de cuyo espíritu están ricas hasta la opulencia nuestras respetables matronas. Por mi parte, no conozco nada más elevado y sublime, que el alma de una mujer en el ejercicio santo de la caridad cristiana.

Quisiera tener en este instante las virtudes de Sócrates, la elocuencia de Demóstenes, la concision de Tácito ó la vehemencia de Focion, para poder terminar este discurso de una manera digna y como cumple á todos vosotros. Sí, señores, á todos vosotros, y muy especialmente á la juventud de Medellin.

Jóvenes amigos! La Corporacion municipal y la comision que me han nombrado para que las represente en este dia, creyeron sin duda, que los años y las canas dan derecho para hablar de los tiempos que fueron, y por eso se fijaron en mí.

Yo he formado en vuestras filas durante algunos años;

pero por mi edad y otras razones, he debido abandonarlas ya. Vuelvo, sin embargo, en este momento á daros mi último adios, adios lleno del profundo afecto que siempre me habeis inspirado; mas ántes de hacerlo, quiero dirigiros un consejo y haceros una intimacion.

Representantes de la fuerza, en el doble sentido de la frase; es decir, en vuestro carácter de seres físicos y de seres inteligentes, teneis en vuestras manos y en vuestras cabezas, los recursos que pueden y deben completar la felicidad de nuestra patria. Conservad enteras la fe y las creencias de nuestros mayores, sin el fanatismo que envilece y sin la incredulidad que mata; combatid valientemente por la causa de la humanidad; lidiad por la integridad de las buenas costumbres; rendid culto religioso á la libertad y servid sinceramente á la República; á la República que ha sido la aspiracion más querida y fervorosa de esta generacion próxima á abandonaros. Ese es, jóvenes, mi consejo. Mi intimacion es esta otra:

Os legamos esta amadisima ciudad que hemos recibido pura de las manos amorosas de nuestros padres. Quedais en el deber imprescindible de cuidarla, civilizarla, protegerla, defenderla, enriquecerla y elevarla con vuestras virtudes y vuestro aliento, á la altura sublime señalada por la Providencia para sus destinos futuros. De no hacerlo, sereis responsables ante la Majestad inmensa de Dios, y ante el fallo inexorable de la POSTERIDAD.

ACTA DEL HOSPITAL DE CARIDAD DE MEDELLIN.

En la ciudad de Medellin, capital del Estado Soberano de Antioquia, en los Estados Unidos de Colombia, á los veinticuatro dias del mes de noviembre del año del Señor, de 1875, estando reunidos en el local destinado para la fabricacion de una casa de maternidad, anexa al Hospital de caridad del Estado, los señores Recaredo de Villa, Presidente del Estado Soberano de Antioquia, y Presidente tambien de la Junta Suprema del Hospital de caridad del Estado, los doctores Ramon Martínez Benítez, Manuel Uribe Angel y Fabricio Uribe, y los señores Demetrio Via-